

CLXVIII.

Nada el mancebo, pues, con el escudo,
 Nada ya con la armada diestra puede;
 ¡Tanto el asalto arrecia áspero y rudo!
 Hace que en torno de sus sienas ruede
 Ruido asordante, el incesante, agudo
 Repiquete del yelmo: ábrese, y cede
 La armadura de bronce á las pedradas;
 Las rojas plumas vuelan arrancadas.

CLXIX.

Contra nube de dardos enemiga
 ¿Qué hará la copa de un broquel? Circunda
 A Turno ya la multitud; le hostiga
 Mnesteo con su lanza furibunda:
 Mana el sudor copioso en su fatiga;
 Raudal como de pez su cuerpo inunda:
 Fáltale aire vital; convulso aliento
 Al moribundo pecho da tormento.

CLXX.

¡Ved! con todas sus armas de repente,
 Como último arranque de su brío,
 Arrójase á las aguas. Blandamente
 En su rojo regazo el sacro río
 Recíbele, y sumido en su corriente,
 Sangre, polvo y sudor le lava pio,
 Y devuélvele en ondas sosegadas
 Hermoso de su gente á las miradas.

LIBRO DÉCIMO.

I.

El palacio de Olimpo omnipotente
 Se abre entretanto. El Padre de inmortales
 Y Rey supremo de la humana gente
 A concilio en las salas siderales
 Convoca. El desde allá ve el continente,
 Y las huestes del Lacio, y los reales
 Troyanos. Altos Númenes asoman,
 Y en el amplio conclave sillas toman.

II.

«¡Celícolas ilustres!» Jove empieza;
 «¿Por qué mudais de acuerdo? ¿Por qué insanos
 Os dais á pelear con tal cruieza?
 Yo vedara que Italia á los Troyanos
 Resistiese; ¿en qué cóleras tropieza
 Mi voluntad? ¿Por qué terrores vanos
 Acá el uno, allá el otro á lid se lanza
 Y va el hierro á empuñar de la venganza?»

III.

»Ya la hora sonará de las batallas
(No el tiempo acelereis), cuando Cartago
Rompa el Alpe, y de Roma á las murallas
Descargue por la brecha horrendo estrago.
Podreis entónces desbordar sin vallas
Hasta rapaces triunfos vuestro amago:
Hora enfrenadle, y con semblante amigo
Benditas paces afianzad conmigo.»

IV.

Conciso Jove habló. Méenos somera
Fué la espléndida Vénus, que en su duelo
Vuelta al Padre razona en tal manera:
«¡Rey y eterno Señor de tierra y cielo,
Divina Majestad! ¿ni en quién pudiera,
Sino en tí, mi dolor hallar consuelo?
Los Rútulos me insultan: ¿mira, mira
Cómo entre ellos soberbio Turno gira!

V.

»Ya con propicio Marte hinchado llega
Al cerco; audaz le invade: mal seguros
Traban los Teucros áspera refriega
Puertas adentro y en sus propios muros;
Su misma sangre ya los fosos ciega.
Enéas, ¡ay! sus míseros apuros
Ausente ignora. ¿Y contra el duro asedio
Nunca tú, nunca ya darás remedio?

VI.

»Renace Troya, mas con ella nace
Otro ejército hostil como el aqueo;
Ni se alza en pié, sin que, saliendo audace
De Arpos etolia, el hijo de Tideo
Otra vez á sus muros amenace.
No han de cerrarse ya mis llagas, creo;
Armas que á esta hija tuya ántes hirieran,
Mortales armas, hoy tambien me esperan!

VII.

»Si á hurto ya de tí, ó á tu despecho,
Fueron á Italia los Troyanos, lleven
La justa pena del culpado fecho;
¿No tus furores, tu justicia prueben!
Mas si camino solamente han hecho
A do Dioses y Manes á ir los mueven
Una vez y otra vez, ¿quién tus mandados
Torcer intenta y reformar los hados?

VIII.

»¿Quién? ¿Ya no has visto en sicilianos mares
Nuestras naves arder?... ¿No desencierra
Éolo sus alados auxiliares?...
¿Íris no baja con mision de guerra?...
Y hoy, porque áun parte tomen los hogares
Independientes de Pluton, á tierra
Sale Alecto, de allá abortada, y cruza
A Italia, y cual bacante iras azuza!...

IX.

»Del prometido imperio nada alego;
 ¡Pude esperarle en hora más dichosa!...
 ¡Venza hoy quien quieras! Mas si en su odio ciego
 A mis Teucros negar juró tu esposa
 Todo terreno hospicio, esto te ruego
 Por Troya hundida y su reliquia humosa
 ¡Sálvese Ascanio del feral combate;
 Al nieto, ¡oh Padre! tu favor rescate!

X.

»Torne Enéas al mar, y rumbos déle
 Voltaria Suerte en ondas ignoradas.
 Mas este niño... verle me conduele;
 Yo le quiero librar de las espadas:
 Yo á Citera ó á Páfos llevaréle,
 O á Idalia y sus pacíficas moradas,
 Donde robado al militar rüido
 Consuma el tiempo en inglorioso olvido.

XI.

»Y reinen, si te place, hijas de Tiro;
 Cartago á Ausonia oprima en férreo mando;
 Y de este infante y su feliz retiro
 Nada teman... ¡Mas oh remate infando!
 ¡A los Teucros para eso en largo giro,
 El hierro y fuego asolador burlando,
 Que venciesen dejaste mil azares
 Por tantas tierras y por tantos mares?

XII.

»Y hoy que á Troya restauren en el Lacio
 Consientes, porque caiga en nueva guerra?
 ¡Valiera más que en el yermado espacio
 Que de sus padres la ceniza encierra
 A alzar tornasen imperial palacio!
 Su Janto y Símois, su nativa tierra
 Vuélveles, ¡ay! Si á muerte los destinás,
 Perezcan de la patria en las rüinas!»

XIII.

Habló á su vez con ímpetu iracundo
 La reina Juno: «La ocasion me obliga
 Un silencio á romper largo y profundo,
 Y el gran dolor á divulgar que abriga
 Secreto el corazón. ¿Quién ya en el mundo,
 Dí, mortal ó inmortal, es el que instiga
 A Enéas á la ofensa? ¿Quién le mueve
 A que al buen rey Latino guerras lleve?

XIV.

«¿Hados á Italia le impelieron? Cierito:
 ¡Casandra en su furor le abrió la via!
 Mas si hoy deja su campo, ¿el desacierto
 Que en dejarle comete, es culpa mia?
 ¿Eslo, si da su vida á un soplo incierto,
 Y el mando militar á un niño fia?
 ¿Que así la fe tirrena solicite,
 Y quietos pueblos sedicioso agite?

XV.

»Pues si él de propio acuerdo torpe yerra,
 ¿Hay decir que á su mal Juno le acosa,
 Y que Íris baja con mision de guerra?
 ¡Oh! ¿en el ítalo pueblo indigna cosa
 Es llevar llamas con que á Troya encierra
 Naciente; indigna en Turno (á quien la Diosa
 Venilia madre fué, Pilumno abuelo)
 Que en paz ocupe su nativo suelo!

XVI.

»¿Y cosa no ha de ser indigna y fea
 En el Troyano, si una tierra extraña
 Invadiendo feroz con negra tea
 Tala y subyuga en torno la campaña!
 No, si el suegro se apropia que desea
 Y ajena esposa en el hogar apaña;
 Ni ha de ser vergonzoso en frigias tropas
 Mentir sus manos paz y armar sus popas!

XVII.

»Tú sí que á Enéas en peligros graves
 Áun de las manos de los Griegos puedes
 Redimirle, y al cuerpo echarle sabes
 De aire y niebla sutil propicias redes;
 Tú en Ninfas de la mar truecas sus naves:
 ¡Y á fuero haciendo estás tantas mercedes,
 Y yo á tuerto he de obrar si en lado opuesto
 Un corto auxilio á mis parciales presto!

XVIII.

»Ignore Enéas lo que ausente ignora,
 Y tú olvídale en Páfos ó en Citera,
 O en tus grutas de Idalia. No que ahora
 En daño suyo, á una nacion guerrera
 Provocas, y á una raza vencedora!
 ¿Quién de frigias reliquias acelera
 El fin: yo, ó el que á los Griegos dando paso,
 Causó de Troya misma el gran fracaso?

XIX.

»¿Rompiendo antigua paz con raptó insano,
 Yo á Europa y Asia en militar porfía
 Comprometí? ¿Yo al forzador troyano,
 Cuando á Esparta asaltó, serví de guía?
 ¿Armas y amores ministró mi mano
 Al grande incendio? ¿Entónces te cumplía
 Por los tuyos mirar! ¿Al aire entregas
 Injustas quejas hoy, hoy tarde llegas!»

XX.

Tal Juno declamaba. Asentimiento
 Mostraban las Deidades sordo y vario
 Murmurando entre sí; cual suele el viento,
 Cuyos soplos el bosque centenario
 Erizan en templado movimiento,
 Y rondando el hojoso santuario
 Crecen luégo en rumores murmurantes,
 Nuncios de tempestad á navegantes.

XXI.

Habló entónces el Padre omnipotente,
El que todo lo rige y lo compasa
Con cetro universal. Profundamente
Enmudece á su voz el alta casa
De los Dioses; el éter eminente
Calla; tiembla la tierra en su ancha basa;
Encogidos los Zéfiro no alientan;
Los mares su encrespada pompa asientan.

XXII.

«Atentos escuchadme, y lo que os diga
Tened presente. Pues traer no es dado
Teucros y Ausonios á amistosa liga,
Ni tregua admite vuestro encono airado;
Ya bogue el uno en esperanza amiga,
Ya fie el otro en su presente estado,
O Rútulo adalid ó Teucro sea,
No ha de ser, no, que yo parcial los vea.

XXIII.

»Ora arribado hubiere á extraño suelo
Por suerte adversa al italo, ó por vano
Error de patria y seductor señuelo,
A resistir embates el Troyano,
Ni á él redimo ni al otro. Ó gloria ó duelo
Lábrele á cada cual su propia mano:
El cetro universal yo á nadie inclino;
Por si los hados se abrirán camino.»

XXIV.

Por las riberas del Estigio hermano,
Vorágines de negro ardiente lodo,
Juró lo dicho el Númen soberano:
La frente inclina, y al moverla, todo
Tiembla el Olimpo. A aquel debate vano
Término dando en tan solemne modo,
Se alzó del áureo solio: á los umbrales
Condúcenle entre sí los inmortales.

XXV.

El asedio estrechando á la muralla
Instan á la sazón por toda parte
Los Rútulos, cuidados de tomalla
Con llamas vivas y sangriento Marte.
El troyano gentío entre su valla
Vese acosado, y de salir no hay arte:
¡Ay tristes de sus nobles campeones
Que las torres defienden y bastiones!

XXVI.

En ya ralo cordon cubren guerreros
El muro. Ambos Asáracos en vano
Se ofrecen, peleando en los primeros;
Timete Hicetaonio, Timbre anciano,
Y Asio, y Castor. Les fueron compañeros
De Sarpedon el uno y otro hermano,
Claro á par y Temon, á aquella guerra
Venidos desde Licia, noble tierra.

XXVII.

Veis al lirnesio Acmon, que arrastra inerte
Mole, parte de monte no pequeña,
Y, cual su hermano Menesteo, fuerte,
Y cual Clicio su padre, la despeña,
Todo el cuerpo tendiendo. De esta suerte
El agredido en arrojar se empeña
Ya volador astil, ya piedra grande;
Y hachas el agresor y dardos blande.

XXVIII.

Como perla de fúlgido destello
En rojo oro engarzada, cuyo oficio
Es dar adorno ya á la sien, ya al cuello;
Ó bien como con clásico artificio
Embutido marfil esplende bello
En terso boj ó terebinto oricio,
Tal Ascanio entre todos resplandece;
Tal descubierta la cabeza ofrece

XXIX.

El digno barragan que Vénus ama,
Y hermoso así por su cerviz de nieve
El tendido cabello se derrama,
Que á su frente hilo de oro ciñe leve.
Mnesteo allí tambien (á quien la fama,
Porque á él de Turno la expulsion se debe,
Ha engrandecido) á la defensa asoma,
Y Cápis, de quien Capua nombre toma.

XXX.

Tambien allí lidiando, los arpones
Lanzaste que homicidas enherbolas
A vista de magnánimas legiones,
Tú, que tu nombre, ¡oh Ismaro! arrebolas
De ilustre origen lidio con blasones,
Hijo de aquel país donde con olas
Doradas el Pactolo se desliza
Y cultivados campos fertiliza.

XXXI.

Así unos y otros, sin ganar terreno,
Recia lid pelearon todo el día.
Y en tanto Enéas á la mar el seno,
Bogando en medio de la noche, hendía.
Pues él, dejado á Evandro, y al tirreno
Campamento venido, hablado habia
Al jefe: nombre y patria le revela;
Lo que ofrece le dice, y lo que anhela;

XXXII.

Y los recursos le describe luégo
Que ha asociado Mezencio á su venganza;
Píntale á Turno en sus enojos ciego;
Pondérale cuán poca confianza
Merece humano cálculo; y el ruego
Añade á la razon. A la alianza
Tarcon se inclina, y, sin que instantes pierda,
Sus fuerzas une y ya la marcha acuerda.

XXXIII.

A un extranjero príncipe obediente,
 Librada así del veto de los hados,
 Entrégase á la mar la etrusca gente,
 En los buques subiendo aderezados.
 La real nave de Enéas en lá frente
 Muestra frigios leones sojuzgados,
 En tanto que en su popa se alza el Ida,
 Imágen á expatriados tan querida.

XXXIV.

Allí, en la popa, el ánimo constante
 Con pensamientos bélicos fatiga
 El grande Enéas. Muévele Palante,
 A su izquierda sentado, á que le diga
 Ya los astros que rumbo al nauta errante
 En noche opaca dan con lumbre amiga,
 Ya de su propia vida los azares,
 Cuantos corrió por tierras y por mares.

XXXV.

¡Hora, Musas, abridme el Heliconal
 ¡Inspirad al cantor! Decidme, cuáles
 Nobles salieron de la etrusca zona
 En auxilio de Enéas; qué navales
 Fuerzas ganosas de triunfal corona
 Corrieron á los líquidos cristales.
 Abrió Másico el rumbo: nao ferrada,
 Ante todas su *Tigre* sobrenada.

XXXVI.

Mil jóvenes reúne su bandera
 Que de Clusio vinieron y de Cosas,
 Y con aljaba al hombro andan ligera,
 Con arco audaz y flechas sanguinosas.
 Lanza su nave á par de esta primera,
 Con lucido escuadron de armas vistosas
 Abante adusto, y un Apolo de oro
 Presta á su popa tutelar decoro.

XXXVII.

Populonia, su patria, con seiscientos
 Mancebos le acudió para la guerra,
 No de experiencia militar exentos;
 Elba, que hierro inagotable encierra,
 Isla famosa, le envió trescientos.
 Adivino del cielo y de la tierra
 A quien tierra ni cielo nada oculta,
 Tercer caudillo, Asila, al mar insulta.

XXXVIII.

Él interpreta lo que parla un ave,
 Ve lo que abierta entraña significa,
 Y de los astros los secretos sabe,
 Y presagos relámpagos explica.
 En masa hórrida y densa, tras su nave,
 Arrastra mozos mil que calan pica:
 Ciudad los reclutó que de Elis viene,
 Nueva Pisa, y toscano asiento tiene.

XXXIX.

Síguelos de hermosura y de esplendores
 Vestido Astur; Astur, que va fiado
 En su potro y sus armas de colores:
 Con voluntad unánime, de grado
 Le acompañan trescientos guerreadores
 Que su nativa Cérete han dejado,
 Y á Gravisca insalubre, y la campaña
 Que Pirgo ilustra y la que Minio baña.

XL.

Tambien, Cínira, á tí nombrarte cuido,
 ¡Oh de Ligures capitan valiente!
 Ni á tí, Cupávo, dejaré en olvido,
 Que llevas por insignia de tu frente
 Un plumaje de cisne, envanecido
 Penacho tuyo y de tu electa gente:
 Amor fué vuestra culpa; vuestra gloria
 Eternizar del padre la memoria.

XLI.

Pues Cisne amó á Faeton, le honró con llanto;
 Y entre álamos frondosos, en su duelo,
 De las hermanas á la sombra, en tanto
 Que daba, dicen, al pesar consuelo
 Con la música dulce de su canto,
 Vistió de ancianidad el caño hielo,
 Blandas plumas tomó, y alzóse en ellas,
 Tendiendo en su clamor á las estrellas.

XLII.

El hijo á sus paisanos sigue ahora
 Con pequeño cortejo: monta el grande
Centauro, y de los remos avigora
 El movimiento, porque el monstruo ande:
 El cual representado está en la prora;
 Un asido peñon la arma es que blande,
 Sobre el agua amagando lo suspende,
 Y ya con larga quilla el ponto hiende.

XLIII.

Ocho tambien de su natal ribera
 Una legion levó para la armada:
 Del tusco rio y Manto la agorera
 Hijo famoso: aquel que á tu morada
 Muros y nombre (el de su madre) diera,
 ¡Oh ciudad en abuelos bien dotada
 Que no de una, de triple stirpe vienes,
 Y tribus cuatro en cada raza tienes!

XLIV.

Centró es comun á tan diversas gentes
 Mantua; mas de su fuerza y poderío
 En la sangre toscana están las fuentes.
 Rencores granjeó Mezencio impío
 Allí tambien: quinientos combatientes
 Mincio conduce en vengador navío
 Dende el padre Benaco al mar salado,
 De verdes espadañas coronado.

XLV.

Marchando va majestuoso y lento
 Auléstes: con cien árboles azota
 El mar en levantado movimiento,
 Y la masa de mármol hierve rota:
 Es su nave un Triton, que corpulento
 Con su concha los senos alborota
 Del piélagó cerúleo, y el semblante
 Cerdoso imita de un jayan nadante.

XLVI.

Tiene el monstruo los miembros desiguales,
 Busto viril y vientre de ballena;
 Y, hendiendo con el pecho los cristales,
 Medio hombre, medio pez, la espuma suena.
 En treinta buques con caudillos tales
 Así, en fin, el ejército se ordena
 Que en pro de Troya por los mares vino
 Con piés de bronce en líquido camino.

XLVII.

Desamparó los cielos aquel día;
 Ya en alto la alma Febe el hemisferio
 En su carro noctívago impelia.
 Enéas desvelado, al ministerio
 De las velas atiende él mismo, y guía
 Firme el timon. En esto, en coro aerio,
 Ninfas, que fueron ya sus compañeras,
 Mira venir festivas y ligeras.

XLVIII.

Ninfas, de húmidos reinos moradoras
 Por superior mandato de Cibéles,
 Que de la mar transfiguró en señoras
 Tablas que fueron en la mar bajeles.
 Juntas bullen, y tantas como proras
 Férreas orlaron la ribera: fieles
 Reconocen de léjos á su dueño,
 Y le cortejan en tropel risueño.

XLIX.

Llegó jovial la que entre todas sabe
 Las gracias del decir, Cimodocea;
 Con la diestra la popa ase á la nave
 Cuyo dorso ella misma señorea,
 La izquierda boga en mudo afán süave,
 Y nuevas dando á aquel que las dese,
 «¿Velas,» le dice, «hijo de Dioses? Vela!
 Y sús! con alas desplegadas vuela!

L.

»Troncos fuimos nosotras ya en el Ida,
 Naves tuyas despues, del Oceano
 Ninfas hoy. Como aleve á nuestra vida
 El Rútulo atentó con fuego insano,
 Nuestra divina Madre condolida
 Mudónos: cables que anudó tu mano,
 Mal de grado rompimos; y ella Diosas
 Nos hizo de las mares espumosas.

LI.

»De tí, Enéas, venimos en demanda.
Entre muros y fosos, y en aceros
Envuelto Ascanio, arrostra con su banda
Del Latino los ímpetus guerreros.
Ya el sitio ocupan que tu voz les manda
Arcades y toscanos caballeros;
Mas no sin que abocar Turno se apreste
Entre ellos y el real su armada hueste.

LII.

»Animo, pues; y al despuntar temprano
De la próxima luz llama tu gente
Al arma; y el escudo que Vulcano,
Invicto dón de diestra ignipotente,
Te dió, con cercos de oro, embraza ufano.
Si tú confías que mi voz no miente,
De Rútulos atroz carnicería
Verá en pilas alzada el nuevo día.»

LIII.

Dice; y como quien sabe el modo, y tasa
La fuerza, da á la popa, alirse, un tiento,
Y la despide, como astil que pasa,
Por hábil mano disparado, al viento:
Todas la imitan; la onda apénas rasa
Aligera la flota. El gran portentoso
Al punto Enéas vió con mente absorta;
Fausto agüero le juzga, y se conhorta.

LIV.

Y á la celeste bóveda serena
Vuelto, «¡Oh del Ida alma Deidad!» exclama;
«Madre que honras el Díndimo, y almena
Triunfal te ciñes, y al leon que brama
Trajiste á la coyunda que le enfrena!
Vén, vén propicia al pueblo que te llama!»
No dijo más. La Noche en tanto huía;
Y ya de lleno respandece el día.

LV.

Manda á su gente el adalid que apronte
Los aceros, que á bélicas señales
Preste el sentido, y al peligro afronte
Fuerzas cobrando á la ocasion iguales.
En pié él mismo en la popa, el horizonte
Domina, y á su vista los reales
Troyanos tiene. Con la izquierda luégo
En alto embraza su broquel de fuego.

LVI.

Lo vió el pueblo sitiado, y de los muros
Unánime clamor el aire envía;
Lanzan todas las manos dardos duros,
Creciendo la esperanza en osadía:
Tal grullas de Estrimon nublados oscuros
Cruzan con ruido en la region vacía,
De los Austros huyendo, y libres de ellos
Gritan gozosas con acordes cuellos.

LVII.

Oyó la voz que el entusiasmo exhala
 Pasmado el sitiador, que tal no espera;
 Hasta que, á ver tornando, mira en ala
 Las popas arrimarse á la ribera
 Y que en velas envuelto el mar resbala.
 Ardele al héroe la gentil cimera,
 Ígnea lengua en el aire es su garzota,
 Y el escudo de oro incendios brota.

LVIII.

Así tal vez en noche vaga y pura
 A los mortales pechos amedrenta
 Fúnebre desatando allá en la altura
 Cometa asolador su crin sangrienta;
 Y así tambien terrífico fulgura
 Fogoso Sirio en estacion sedienta,
 Y de hambre y peste amenazando al suelo
 Con su présaga luz contrista el cielo.

LIX.

Turno audaz aún por eso no desmaya;
 A los que llegan repeler emprende
 Antecogiendo la interpuesta playa,
 Y así en su ardor los ánimos enciende:
 «¡Mancebos! de las manos no se os vaya
 La ocasion codiciada que os atiende:
 En campo abierto, igual á cada parte,
 Ya, ya podemos reducir á Marte.

LX

»Recuerde cada cual lo que á su esposa
 Y á su familia debe amenazadas,
 Y á ejemplo tome tanta accion famosa
 Que honró de sus mayores las espadas.
 ¡Sús! al agua corramos miéntras posa
 Inciertas en la arena las pisadas
 El invasor: atrevimiento pido;
 Asiste la fortuna al atrevido!»

LXI.

Tal dice; y vacilante considera
 Á quiénes dejará los bloqueados
 Muros, con quiénes él á la ribera
 Correrá. Por escalas sus soldados
 Desde las altas popas echa fuera
 Enéas á su vez. Cuál á los vados
 A saltar se aventura, donde mira
 Que el piélago desmaya y se retira;

LXII.

Cuál por los remos á bajar se afana.
 Tarcon la playa explora, y do serena
 Entrada observa, que ni espuma cana
 Quebrantada murmura, ni el arena
 Rehierre allí, mas en creciente plana
 Se desliza la mar calmosa y llena,
 Súbito á ese lugar proas convierte,
 Y exhorta á sus guerreros de esta suerte:

LXIII.

«¡Selecta juventud! sobre esa orilla
Lanzad, lanzad con ímpetu de guerra
El robusto espolon á dividilla!
Batid el remo: en enemiga tierra
Abrase surco nuestra misma quilla!
¡Oh! si el suelo una vez mi mano aferra,
Nada me importa que en el punto mismo
Rompido mi bajel vaya al abismo.»

LXIV.

Dijo; y aquellos que con él navegan
Mueven el remo, y con acordes bríos
Por hender los latinos campos bregan
Impeliendo espumosos los navíos,
Hasta que á descansar las proras llegan,
Sin contraste de escollos ni bajios,
En lo enjuto. No así, Tarcon, tu popa,
Que en un banco de arena áspero topa.

LXV.

Y allí en el agrio dorso, entre los vados,
Pende, y despues de vacilar instantes,
Fatigando las ondas sus costados,
Abierta enajenó los navegantes
Sobre las aguas. Remos destrozados
Les impiden, y escaños fluctuantes,
De los brazos la accion, y retrogradadas
Los enredan de piés las oleadas,

LXVI.

Ni á Turno embarzó torpe tardanza;
Toda su hueste arrebatando fiero,
Sobre los Teucros retador se lanza.
Sonó el clarin. Enéas el primero
Contra la agreste muchedumbre avanza,
Y á hijos vence del Lacio (¡fausto agüero!)
A su encuentro, de todos adelante,
Vino Teon, descomunal gigante.

LXVII.

Al cual, del acerado coselete,
Y túnica con oro retesada,
Enéas las junturas rompe, y mete
Por el costado adentro honda la espada.
Con ella luégo á Licas acomete,
Quien, ya en el claustro maternal salvada,
Infante, ¡oh Febo! te ofrendó su vida;
Fuéle piadoso el hierro, hoy homicida!

LXVIII.

Mató despues á Gias corpulento
Y al fornido Ciseo, cuyas clavas
Peones derribaban ciento á ciento;
Ni altos brazos ni hercúleas armas bravas
Les valieron, ni haberte el grande aliento
Heredado, ¡oh Melampo! á tí que andabas
Un tiempo al lado del invicto Alcides,
Partícipe en sus suertes y en sus lides.

LXIX.

Veis á Faro, que voces da impotente;
 Enéas crudo acero hunde en su boca.
 Y tú, Cidon, que el blanco más reciente
 Sigues de tu pasión de mozos loca
 Siguiendo á Clicio, á quien la faz riente
 Temprana edad de blando bello toca,
 También á golpes de dardania mano
 Allí yacieras con tu ardor vesano;—

LXX.

Mas no; que cuando herirte se promete
 Aquella mano, en ala en torno densa
 Los siete hijos de Forco dardos siete
 Lanzan, cada uno el suyo, en tu defensa:
 En el divino escudo y el almete
 Parte rebotan sin causar ofensa;
 Parte van á la piel, y entrado habria
 El hierro, cuando Vénus lo desvía.

LXXI.

Y al fiel Acátés vuelto dijo Enéas:
 «¡Oh! dame, dame el arma que solia
 Los cuerpos erizar de las aqueas
 Postradas huestes en mi patria un día,
 Y á fe que contra Rútulos no veas
 Golpe con ella errar la diestra mia!»
 Dice, y á la venganza lisonjero,
 Fornida lanza toma al escudero.

LXXII.

Voló el hierro que el héroe desembraza,
 Y el escudo á Meon y la loriga
 Atraviesa, y su pecho despedaza.
 Acudiendo Alcanor con diestra amiga,
 Al hermano al caer sostiene, abraza.
 Mas su ímpetu furioso no mitiga
 El asta, y sanguinosa en su carrera
 Pasa el brazo á Alcanor, y áun sale afuera.

LXXIII.

Quedóle al infeliz pendiente y flaca,
 Mal atada á los músculos, la mano.
 Acude entónces Numitor, y saca
 Del lacerado cuerpo del hermano
 El venablo de Enéas, con que ataca
 A Enéas mismo. Fué su arrojo en vano;
 Que sólo á rasguñar un muslo alcanza
 Al grande Acátés la sesgada lanza.

LXXIV.

De Cúres con los suyos Clauso vino
 Presumido en su edad y lozanía.
 Rígida lanza este adalid sabino
 Desde léjos á Dríopes envía:
 Bajo la barba abriendo hondo camino
 Entra ella, y vida y voz róbase impía:
 Su rostro enmudecido el suelo besa,
 Y sangre de su boca mana espesa.